

pecie de historia a contrapelo en sus *Recherches sur l'origine des Découvertes attribuées aux Modernes* (1766). Saverien publica, un poco más tarde una *Histoire des progres de l'Esprit humain dans les Sciences exactes* y una *Histoire des Progres de l'Esprit humain dans les Sciences naturelles* (1775). En la misma época Bailly empezó a publicar su *Histoire de l'Astronomie* (1775-1782).

Admitimos que algunos de sus contemporáneos como Montluca, están mejor informados y son más exactos que Fontenelle en Materia de historia de las ciencias. Del mismo modo reconocemos en el *Cosmotheoros* de Huyghens más exactitud científica que en las *Entretiens sur la Pluralité des Mondes*. Pero debemos confesar que Fontenelle sigue siendo un filósofo por el que pasa la corriente de la historia tal como la describimos hoy. Al afirmar simultáneamen-

te la inmensidad del universo y la apertura del espíritu, Fontenelle vuelve a encontrar, por la conciencia que tiene y que da a sus contemporáneos de las primeras conquistas de la ciencia moderna, la intuición fundamental de los filósofos atomistas griegos. Fueron ellos los que primero sacudieron la solidez de la creencia antigua en la finitud perfecta del Cosmos y en la fatalidad del eterno retorno. Fontenelle teórico del progreso intelectual y de la pluralidad de los mundos, conserva la gloria de haber vuelto razonable y estimulante para el pensamiento de los Modernos una idea absurda y deprimente a los ojos de los Antiguos, la de una Humanidad sin destino en un Universo sin límites.

Traducción de María Luisa Jaramillo.

frenología, epistemología e historia en la obra de augusto comte

IN MEMORIAM

Mme. MARIA ANTONIETA TONNELAT

luis alfonso palau

Nos parece que las críticas hechas por Comte contra la psicología racional, la lógica y la economía política comportan una serie de consecuencias importantes en el análisis de nuestro tema. Es necesario entonces señalar que estas implicaciones muestran claramente los caminos que van a seguir la filosofía y la historia de las ciencias positivistas. Concepción del objeto de las ciencias propia de una epistemología externalista, afirmación del sujeto de las ciencias en el seno de una metodología de trabajo claramente politizada y propuestas para una historia continuista de las ciencias desposeída de toda su fuerza de renovación y de crisis.

Uno

Ya hemos hablado de la condenación lanzada por Comte respecto a la psicología racional, tanto en la dimensión del objeto como en la perspectiva del método. Es ilusorio hablar de "vida interior" del individuo cuando tal vida no puede ser aprehendida más que por el método de la *introspección*. Comte reduce entonces el estudio de la individualidad a una parte de la fisiología, la fisiología cerebral. Se trata de una dudosa especie de física mental que se conoce con el nombre de "frenología". Pero tal estudio no deja de tener sus dificultades y no hace desaparecer la necesidad de la observación en dicho campo.

Como lo ha señalado J. S. Mill⁽¹⁾, incluso aceptando la "frenología", la observación psicológica es necesaria, pues ¿cómo sería posible constatar correspondencias entre dos cosas por la sola observación de una de ellas? Poner en relación funciones mentales y "conformaciones" cerebrales exige no solamente un sistema paralelo de observación sino también un análisis de las facultades mentales.

Pero dejando de lado estas dificultades, nos parece que el rechazo a considerar el aspecto psicológico es el que ha permitido a Comte la identificación, en su fuente, entre el conocimiento común y el conocimiento científico. Pues definir cualquier tipo de conocimiento por su deber de "observación" pasiva de experiencias sensibles repetidas sólo es posible si se niegan o se dejan de lado las implicaciones que tienen las historias particulares de los agentes del conocimiento. Para Comte todos los hombres son sustituibles entre sí cuando se trata del dominio de la observación. De esta forma, rápidamente la teoría de la inteligencia se empobrece. Para nosotros, la inteligencia es algo complejo que abarca una mezcla de todo tipo de capacidades mentales y de actitudes psicológicas: agudeza de percepción, capacidad de memorizar, utilización del lenguaje, facilidad de conexiones lógicas, curiosidad investigativa, escepticismo vigilante, aceptación del fracaso, perseverancia en la prueba, formación para asociaciones inesperadas, etc. Seguramente las facultades mentales subyacentes son innatas pero la manera como se usen y se desarrollen dependen de la historia particular de los individuos.

El autor es profesor de la Facultad de Ciencias Humanas de la Universidad Nacional, sede de Medellín.

Pero por otra parte, la renuncia a toda "vana" explicación del "por qué" de las cosas y el hecho de limitarse a constatar los fenómenos y sus relaciones, hacen del "conocer para prever" la base común de la ciencia y del buen sentido. "Toda ciencia tiene por fin la previsión. Pues el uso general de las leyes establecidas a partir de la observación de los fenómenos es la previsión de su sucesión. En realidad, todos los hombres, por poco avanzados que se los suponga, hacen verdaderas predicciones, siempre fundadas sobre el mismo principio: el conocimiento del porvenir por el del pasado. Todos predicen, por ejemplo, los efectos generales de la pesantez terrestre, y una cantidad de otros fenómenos bastante simples y bastante frecuentes para que su orden de sucesión llegue a ser sensible al espectador menos capaz y menos atento. En cada individuo, la facultad de previsión tiene por medida su ciencia. La previsión del astrónomo que predice, con una precisión perfecta, el estado del sistema solar un gran número de años por adelantado, es absolutamente de la misma naturaleza que la del salvaje que predice el próximo levantamiento del sol. No hay diferencia más que en la extensión de sus conocimientos" (2). "Ver, prever, actuar" son los índices de manifestación del espíritu positivo existente desde la aurora de la Humanidad. En tanto que todo punto de arranque del conocimiento está centrado en ese "ver" inocente, todo "actuar" estará limitado a formas de sujeción al orden natural o social ya existente. Puede ser que el científico positivista sea muy "inteligente" pero tiene que ser al mismo tiempo, y sin ninguna duda, absolutamente dócil. Ser observadores minuciosos y dóciles respetuosos de lo existente son los dos mandamientos fundamentales del científico ideal para Comte. Pero quienes así actúan no son otros que los excelentes burócratas del saber, despojados de todo carácter genuinamente imaginativo. Al ser retirados los "por qué" del llamado conocimiento positivo, el comtismo busca el elogio de un sentido común y de unos científicos que lo porten resignadamente; ortodoxos por temperamento, faltos de toda curiosidad, seguros de sí mismos y asegurados en la constante repetición de lo mismo, preocupados solamente de lo establecido.

"El positivismo desplaza la fuente de certidumbre del sujeto del pensamiento al sujeto de la percepción. La observación científica es la que debe procurar la certidumbre. La espontaneidad del pensamiento cede el paso a sus funciones receptoras y pasivas" (3).

Esto significa que la razón no añade nada nuevo a lo que conoce. Según Comte, ella no tiene ninguna función creadora en el conocimiento positivo: se limita a determinar un hecho por otro hecho, ordinariamente más general. Esto es, un hecho que se repite queda determinado en su regularidad por un hecho más general que es llamado "ley". La Razón cumple sólo el papel de guardiana de la jeraquía de las leyes y no tiene ninguna capacidad para acceder a las aproximaciones de segundo orden al mundo ob-

jetivo. La Razón, como es concebida por Comte, no trabaja en la distinción entre cualidades segundas y cualidades primeras. La observación, incluso si se la completa con la experimentación propiamente dicha, con la comparación y con la investigación histórica (como lo propone el filósofo en la lección 48ª del *Cours de philosophie positive*), permanece en la utilización de los órganos de los sentidos como únicos receptores del mundo exterior. Habiendo reducido al mínimo la intervención de la Razón, Comte queda bloqueado con respecto a lo subyacente, a lo no accesible inmediatamente.

Incluso, si nos limitamos por el momento al sólo dominio de las experiencias sensibles, es necesario decir que Comte supone idénticas estas experiencias en todos los hombres dado que no posee ninguna teoría elaborada sobre el conocimiento sensible. Se podría decir sin mucho riesgo de equivocación que el filósofo positivista empobrece y simplifica tanto la teoría de la percepción como la de las ciencias por su rechazo de una psicología del conocimiento: la observación de los hechos es concebida como un "examen del exterior" según un esquema simple en una sola dirección, sin considerar las transformaciones que el agente de la percepción (ojo, instrumento, etc.) introduce por la "selección" que opera siguiendo exigencias de muchos tipos (utilidad adaptativa, conveniencia funcional, etc.).

Claro está que no es necesario tampoco exagerar. Comte siempre tuvo presente como intrínsecamente importante al conocimiento su carácter de utilidad, y por tanto, tal utilidad para la Humanidad actúa como un selector de observaciones. El positivismo es también un pragmatismo. Esto con respecto al sujeto que conoce. Pero, con respecto al objeto por conocer, insistimos en no confundir el positivismo con el empirismo puro y simple. El mismo Comte lo dice en el *Catéchisme Positiviste*, "El idiotismo consiste en el exceso de objetividad, cuando nuestro cerebro deviene muy pasivo" (4).

Las ciencias no se agotan ni se pierden en lo empírico, en la diversidad de lo singular absoluto. El "hecho" es un dato elaborado, es decir "interpretado" a partir de una teoría construida que permite que los hechos se organicen en una concepción científica. Y las ciencias son un "progreso", un desarrollo superior en precisión y sistematización, justamente porque en ellas se despliega un "orden" más riguroso, más elaborado y controlado que en cualquier otra observación.

Como ya lo habíamos señalado, el conocimiento común es "espontáneo" y el conocimiento científico es "sistemático". Esta diferenciación puede hacerse gracias al papel que cumple la teoría en uno y otro caso. En el primer caso, la teoría no excede los límites de la observación inmediata y exige una prolongada repetición del hecho estudiado para poder en cada caso afirmar algo sobre él. En el segundo caso, la teoría soporta de alguna manera las inves-

tigaciones futuras, al ampliarse con las leyes formuladas que ahorrarán el tener que repetir cada vez lo mismo o el tener que agotar todos los casos posibles. "Por la teoría —el concepto de teoría tiene en este caso el sentido de hipótesis— la razón anticipa racionalmente la realidad, pero esas anticipaciones permanecen como construcciones arbitrarias hasta tanto no sean verificadas y objetivamente consolidadas por la conformidad definitiva de los fenómenos" (5).

Como la ciencia positiva reposa sobre los hechos observables, cualquier conocimiento verdaderamente científico es aquel que de una manera definitiva ha establecido ya la ley real del fenómeno en el análisis inmediato de su curso (inducción en el sentido comtiano) o su relación con una ley más extensa (deducción para Comte). Este conjunto de leyes constituyen para siempre un saber llamado científico, ajeno a cualquier ficción o a cualquier conjetura futura. El uso de la hipótesis es tolerado sólo si ella se presta a una verificación experimental en un dominio en el cual aún no se hayan consolidado leyes científicas. Pero el autor no acepta ninguna hipótesis si ella hace relación al modo de producción de los fenómenos. "El señor Comte no admite las hipótesis, o más bien... no las admitía cuando escribía su *Systeme de philosophie positive*... Todas las veces que una hipótesis se aplica al modo de producción de un fenómeno, el señor Comte la rechaza absolutamente como no científica" (6).

No estamos de acuerdo con la crítica que hace el mismo autor (7): "Se comenzó por negar con una orgullosa confianza todo lo que no cae bajo el control inmediato de nuestros sentidos, terminó por perderse en las nubes y por abrazar los fantasmas más estériles y las más extravagantes especulaciones". J. Duboul sugiere que la "primera vida" de Comte es de puro empirismo y que la "segunda vida" se desarrolla "en las nubes", con "los fantasmas". Incomprensión debida a creer que la carencia de una teoría de la hipótesis científica es la culpable de algo que se le asigna al filósofo positivista y que no se compadece con la estrategia teórica realmente puesta en escena. Por el contrario, pensamos que la Religión de la Humanidad está ya inscrita en la redacción misma del *Cours* en la medida en que el objeto de la Biología impone —en el caso de la sociedad— una opción política. Sobre este punto volveremos luego.

No existe ninguna observación que se comprenda por sí misma; la observación es propuesta a partir de una hipótesis. Así se explica la aparición del pensamiento en los momentos de la infancia de la Humanidad. El pensamiento teológico es una hipótesis explicativa. El conocimiento científico opera de la misma manera a partir de las observaciones del sentido común, asimilándolas a hechos generales de una coherencia y regularidad mayores. En la lección 48ª se lee: "Ninguna verdadera observación es posible sino es primitivamente dirigida y finalmente in-

terpretada por una teoría cualquiera: en efecto, tal es la necesidad lógica que ha determinado, en la infancia de la razón humana, el primer impulso de la filosofía teológica... De aquí en adelante es evidente, desde el punto de vista verdaderamente científico, que toda observación aislada, enteramente empírica es esencialmente ociosa e incluso radicalmente incierta; la ciencia no sabría emplear más que aquellas que se ligan, al menos hipotéticamente, a una ley cualquiera; una tal ligazón es la que constituye la principal diferencia característica entre las observaciones de los sabios y aquellas del vulgo, que sin embargo abarcan esencialmente los mismos hechos, con la única distinción de los puntos de vista" (8).

Según este texto existirían dos tipos de hipótesis. Su distinción y su separación indican la diferencia existente entre el pensamiento positivo y cualquier otro tipo de pensamiento metafísico o religioso. Todo pensamiento se anticipa a los resultados de una "verdadera observación", haciendo suposiciones "esencialmente conjeturales en cuanto a algunas de las nociones mismas que constituyen el objeto final de la investigación" (9). Pero el empleo de las hipótesis, como propicias al desarrollo de los verdaderos conocimientos, estará sometido a la condición formulada en la lección 28ª: "no imaginar nunca sino hipótesis susceptibles, por su naturaleza, de una verificación positiva, más o menos lejana, pero siempre claramente inevitable y cuyo grado de precisión está exactamente en armonía con el que implica el estudio de los fenómenos correspondientes. En otros términos, las hipótesis verdaderamente filosóficas deben presentar constantemente el carácter de simples anticipaciones sobre lo que la experiencia y el razonamiento habrían podido revelar inmediatamente si las circunstancias del problema hubieran sido favorables". Lo que Comte entiende por hipótesis científica se limita a la utilización de la exploración indirecta cuando la directa no es posible. Todas las hipótesis que se formulan sobre la naturaleza íntima de las cosas, o sobre sus causas primera o final, o sobre su modo esencial de producción, corresponden directamente al pensamiento teológico o al pensamiento metafísico. En este caso se trataría de suposiciones arbitrarias sobre asuntos insolubles para nuestra inteligencia y motivo solamente de interminables discusiones.

Se han de considerar como hipótesis fecundas aquellas que circunscribiéndose al análisis de los fenómenos sirvan al establecimiento de las respectivas relaciones constantes de sucesión o de semejanza (leyes). Son esencialmente inútiles las que tienen que ver con "la determinación de los agentes generales a los cuales se refieren los diferentes géneros de efectos naturales". Hablar de fluidos, de éter, de calórico, etc. es, según Comte, usar de extravagancias fantásticas, ilusiones opuestas al espíritu científico. "Espero pues que esta gran cuestión filosófica quedará ya, según la exposición precedente, irrevocablemente resuelta; y que, por consiguiente se admitirá, en física, como principio fundamental de la verdadera teoría relativa a la institución de las hipótesis, que

toda hipótesis científica, para ser realmente juzgable, debe versar exclusivamente sobre las leyes de los fenómenos y nunca sobre los modos de producción" (lección 28ª del *Cours*).

Las ciencias, consideradas en la perspectiva de las hipótesis, quedan nuevamente definidas por una "ligazón" clara a un estado de legalidad (leyes físicas, leyes vitales, leyes sociales).

Dos

Se puede apreciar la magnitud del rechazo por la lógica tradicional según lo que hemos visto con respecto a la hipótesis. Utópico pensar que la lógica pueda pertenecer a la clasificación de las ciencias. Es más, su presencia con respecto al razonamiento matemático está absolutamente debilitada. Porque para Comte toda deducción es sospechosa de ser pensamiento metafísico. La deducción hipotética propone su principio a la manera de un postulado sobre el cual no se decide nada en torno a su verdad o a su falsedad. Las consecuencias que de él se deducen participan igualmente de la neutralidad del principio en lo que atañe a la verdad o a la falsedad. Interesa es la coherencia formal de la estructura del razonamiento. La deducción categórica afirma como verdadero su principio y comunica a todas las consecuencias que de él se siguen el mismo valor de verdad. El acento está puesto en la verdad material de las proposiciones. Una y otra deducción serán motivo de desconfianza para Comte, porque ninguna ciencia es ciencia de principios. Toda ciencia es ciencia de hechos observables y observados. Es posible que para observar ciertos hechos sean necesarias ciertas conjeturas, pero no es el rigor del razonamiento lógico realizado a partir de la conjetura el que la validará. Sólo los fenómenos, los hechos sensibles la validarán. O mejor aún, lo que se opera en Comte es una redefinición, una restricción de lo deductivo única y exclusivamente limitado a las conexiones constatables entre los fenómenos y sus leyes, con leyes de una mayor generalidad.

Otro tanto ocurre con la noción de "probable". Sea que se piense lo probable como aquello a lo cual se llega después de una argumentación dialéctica, sea que se lo piense como mayor o menor aproximación a la certeza —lo que va de lo ciertamente verdadero a lo ciertamente falso— en los dos casos, Comte negará a lo probable un lugar en las ciencias. Ni el hábil juego de la argumentación que puede llegar a "probar" cualquier proposición, ni el "cálculo de probabilidades" que desde Pascal era conocido, pueden conducirnos al conocimiento verdadero.

Cuando Comte habla de lógica no se refiere pues ni a una ciencia, ni a un interés en la deducción, ni a un criterio de verificación. Para él, y por él se opera una transformación del contenido mismo de lo que se entiende por lógica: de allí en adelante "lógica" será "metodología de las ciencias", "filosofía de las ciencias".

M. Foucault⁽⁹⁾ ha señalado el deseo que atraviesa el sueño positivista: "querer neutralizar y cómo pulir el lenguaje científico, al punto de que, desarmado de toda singularidad propia, purificado de sus accidentes y de sus impurezas —como si no le pertenecieran a su esencia— pudiera llegar a ser el reflejo exacto, el doble meticuloso, el espejo sin mancha de un conocimiento que no es verbal. Es el sueño positivista de un lenguaje que se mantendría a ras de lo que se sabe: un lenguaje-cuadro... Frente a las cosas, el discurso científico sería el "cuadro"... en el sentido en que, liberado de esa intrincación que le da un papel inmediatamente clasificador, se mantiene a una cierta distancia de la naturaleza para encantarla por su propia docilidad y recoger finalmente el retrato fiel".

Se trata más bien de una problemática sobre el estatuto del discurso científico que de una caracterización de éste por el rigor silogístico mismo. Pero ello no implica un llamado a desobedecer las leyes de la lógica salida de la cabeza de Aristóteles. Los elogios abundan tanto para el autor del *Organon* como para el del *Novum Organon*, reconocido este último como padre del método experimental.

Probablemente los razonamientos de un hombre de la calle y los de un científico se hacen deductivamente según encadenamientos lógicos en común. Pero no son tales encadenamientos en sí mismos, ni las reglas que hipotéticamente los gobiernan, las que puedan informarnos sobre la marcha del espíritu positivo. "Unicamente por observaciones bien hechas sobre la manera general de proceder en cada ciencia, sobre los diferentes cursos que se siguen para proceder a los descubrimientos, sobre los "métodos" en una palabra, que uno puede elevarse a reglas seguras y útiles sobre la manera de dirigir su espíritu. Estas reglas, estos métodos, estos artificios, componen en cada ciencia lo que yo llamo "su filosofía". Si se tuvieran observaciones de este género sobre cada una de las ciencias reconocidas como positivas, tomando lo que habría de común en todos los resultados científicos parciales, se tendría la filosofía general de todas las ciencias, la única lógica razonable. Tú ves entonces que las filosofías y la filosofía general serían ciencias tan seguras como las otras, perfectibles como las otras, que avanzarían en proporción a las otras y que las harían avanzar a su turno. Los resultados generales de la filosofía de una ciencia que serían transportables en las otras, o en alguna otra solamente, serían aplicados allí y las ciencias seguirían en su progreso una marcha mucho más uniforme y al mismo tiempo mucho más segura"⁽¹⁰⁾.

No existe, en la preocupación de Comte, el deseo de escribir un discurso del método a la manera cartesiana. Su actitud es bien distinta y se conecta directamente con la existencia social de las ciencias ya consagradas. Para comprender lo que puede ser el conocimiento, se hace necesario el interpelar las ciencias en su tarea específica de observación de los hechos y de sus regularidades. Descubrir en ellas y a partir de ellas el cómo proceden con sus objetos,

y aprender así a hacer el camino que conduce al verdadero saber positivo. El filósofo positivista tiene que estar al tanto de los resultados obtenidos por las ciencias, pero ni su objetivo ni su investigación deben limitarse a los objetivos y tareas propias de los especialistas. A él le corresponde ser una especialista de segundo grado, un especialista en generalidades, que tome a las ciencias como "hechos sociales" a la manera como los científicos toman sus "hechos" para observarlos. Observando cómo observan los científicos en cada ciencia se descubrirán las únicas reglas posibles y seguras para guiar correctamente el trabajo del espíritu. La tarea de la filosofía queda entonces circunscrita y limitada a ser filosofía de las ciencias. Y esta última sólo se precisa como metodología de las ciencias. Por este camino, la pluralidad de las ciencias y la pluralidad metodológica al interior de cada una de ellas se hace algo utilizable y como neutralizado en la búsqueda de un común denominador que permita entonces ser un criterio clasificatorio de las ciencias y de la filosofía misma. Para Comte, sólo en la medida en que las "filosofías" de cada ciencia encuentren su principio ordenador en la filosofía positiva, ésta se convierte a su turno en una ciencia capaz de cumplir con su misión de progreso uniforme y seguro.

En el capítulo III de la primera parte del *Discours sur l'esprit positif* (parágrafo 35), Comte escribe: "Se puede también apreciar la profunda inanidad final de todos los estudios anteriores relativos a la lógica abstracta, en los cuales se trata de definir el verdadero método filosófico, independientemente de toda aplicación a un orden cualquiera de fenómenos. En efecto, los solos principios verdaderamente generales que se puedan establecer sobre este punto se reducen necesariamente, como es fácil de probarlo por los más célebres de tales aforismos, a algunas máximas irrefutables (pero evidentes), tomadas de la razón vulgar y que no añaden verdaderamente nada de esencial a las indicaciones que resultan, en todas las buenas inteligencias, de un simple ejercicio espontáneo. La manera de adaptar estas reglas universales a los diversos órdenes de nuestras especulaciones positivas (lo que constituiría la verdadera dificultad y la real utilidad de tales preceptos lógicos), no podrá implicar una verdadera apreciación sino después de un análisis especial de los estudios correspondientes, análisis conforme a la naturaleza propia de los fenómenos considerados. La sana filosofía no separa nunca la lógica de la ciencia, pues el método y la doctrina no pueden ser bien juzgados, en cada caso, más que por sus verdaderas relaciones mutuas: en el fondo, es también imposible dar tanto a la lógica como a la ciencia un carácter universal siguiendo conceptos puramente abstractos, independientemente de todo fenómeno determinado —las tentativas de este género indican también la influencia secreta del espíritu absoluto inherente al régimen teológico-metafísico". Los preceptos lógicos que aparecen en los tratados de lógica son evidentes pero no suficientes.

El mundo observado es el mismo para griegos y troyanos. Sin embargo, la manera como tales observaciones se realizan hace que el conocimiento científico posea un grado de desarrollo y de eficacia superior en el trabajo de unificar la diversidad de los fenómenos y de explicar la naturaleza. "Formar una verdadera teoría, es decir, establecer entre los hechos un encadenamiento real, puesto que aquellos que debían servir a ligar todos los otros estaban ya aislados en sí mismos. Fue entre las manos de los naturalistas que el método general de las clasificaciones ha hecho sus más grandes progresos gracias a que ellos son, entre todos los sabios, los que han formado las clasificaciones más extensas y más difíciles. El principio fundamental de este método quedó establecido desde que existen, en botánica y en zoología, clasificaciones filosóficas, es decir, fundadas sobre relaciones reales y no sobre aproximaciones ficticias. Consiste en que el orden de generalidad de los diferentes grados de división sea, en la medida de lo posible, exactamente conforme a aquel de las relaciones observadas entre los fenómenos a clasificar. De esta manera, la jerarquía de las familias, de los géneros, etc., no es otra cosa que el enunciado de una serie coordinada de hechos generales, partidos en diferentes órdenes seguidos, cada vez más particulares. En una palabra, la clasificación no es entonces más que la expresión filosófica de la ciencia, de la cual sigue los progresos. Conocer la clasificación es conocer la ciencia, al menos en su parte más importante"⁽¹¹⁾. Ciertamente Comte desdén el papel de la imaginación, de la intuición y de las imágenes en la producción de conocimientos. La inteligencia, el espíritu científico, está prisionero de su tarea "real" (positiva) que no puede ser otra que la de ordenar, de sistematizar..., de clasificar! Los hechos serán clasificados según formas de relación: las leyes; las leyes serán clasificadas según grados de generalidad estática o dinámica: las ciencias; las ciencias serán clasificadas según sectorizaciones de objeto y metodologías regionales: la filosofía positiva. Todo lo que no entra en tales cuadros son "ilusiones trascendentes", "contemplaciones ociosas", "dudas destructivas".

El verdadero conocimiento es aquel que lleva la marca de una exigencia de determinismo imperioso e intransigente, y el verdadero científico es aquel que emplea los métodos exitosos, que sabe en cuál sector especializado y cerrado funcionan, que los exporta según transformaciones bien regladas, que los perfecciona. Nada es dejado al azar; el fracaso no tiene ningún papel; las interdisciplinas ninguna perspectiva; el error ninguna importancia... Como lo ha anotado M. Serres en su comentario a la obra de Comte, todo ese afán de ordenar, de sistematizar, de clasificar, "no deja de tener dificultades". Comte juega el doble juego de aceptar que los historiadores naturales tienen mucho que enseñar cuando se trata de clasificaciones y nada que enseñar tratándose de las ciencias de la Vida.

En la segunda lección Comte distingue dos tipos de ciencias naturales, "las unas abstractas, generales, que tienen por objeto el descubrimiento de las leyes que rigen las diversas clases de fenómenos, considerando todos los casos que se pueden concebir; las otras concretas, particulares, descriptivas, que se designan a veces bajo el nombre de ciencias naturales propiamente dichas y que consisten en la aplicación de esas leyes a la historia efectiva de los diferentes seres existentes" (12). La tarea abstracta, general, queda en manos fundamentalmente de los fisiólogos a quienes corresponde estudiar "las leyes de la vida" y la tarea concreta, "histórica" real, les es asignada a los zoólogos y botanistas en tanto que determinan "el modo de existencia de cada cuerpo viviente en particular". La fisiología es la base racional de la zoología y de la botánica.

Se percibe acá claramente la doble posición de Comte: por un lado el elogio del pensamiento clasificador como "la expresión filosófica de la ciencia" misma y por otro lado, la localización de tal pensamiento como subsidiario del estudio de las leyes que ordenan abstractamente todos los casos posibles. Como si en este punto, viviera su doble vocación: reconocer la importancia del orden introducido por los historiadores naturales al clasificar los seres vivos, plantas y animales y, comprender también la existencia de leyes de la Vida misma que trascienden la existencia singular de los seres vivientes y que permiten la manifestación de un Orden de la Vida en su lucha contra la Muerte.

Mirando hacia el pasado y existiendo en el presente de las ciencias biológicas de la época, Comte plantea una clasificación de las ciencias en la cual cada una de las llamadas "abstractas" es considerada según la historia efectiva del tratamiento dado a sus objetos. La inmediatez de los objetos percibidos (mundo inerte, vida, sociedad) soportan un tratamiento de las ciencias que es más tradicional que problemático. Las ciencias son compartimientos de hechos y leyes que ya de alguna manera se presentan como compartimentados en la naturaleza.

Probablemente, el fracaso de todos los pronósticos que hiciera sobre las ciencias futuras es debido a la extrema rigidez de esta concepción de las ciencias. Pero seguramente esta misma rigidez es la que condena el positivismo de Comte a ser la filosofía que expresa o dirige implícitamente el imperialismo dogmático en la enseñanza de una ciencia ya hecha, retrasada, siempre sobrepasada. "La dominante socio-histórica de la clasificación de Comte garantizaría entonces su eficacia en la enseñanza, en la tradición, en el relevo; o la retransmisión a lo largo de las generaciones y por una institución social de la recaída de las invenciones: clasificación de cursos escolares" (13).

La clasificación realizada siguiendo el orden "natural" de los objetos que han logrado obtener el estatuto de ser conocidos positivamente, también reali-

za el despliegue de ese orden metodológico de las ciencias, orden que constituye la filosofía misma de las ciencias, la "filosofía primera" que según él buscaba ya Bacon.

Incluso cuando se piensa la diferencia entre las dos formas posibles de exposición de una ciencia, se plantea tal diferenciación con referencia a la pedagogía de esa ciencia. "Toda ciencia puede ser expuesta siguiendo dos caminos esencialmente distintos, fuera de los cuales cualquier otro modo de exposición no sería más que una combinación: el curso "histórico" y la marcha "dogmática". Por el primer procedimiento se exponen sucesivamente los conocimientos en el mismo orden efectivo siguiendo el cual el espíritu humano los ha obtenido realmente, y adoptando en la medida de lo posible, las mismas vías. Por el segundo, se presenta el sistema de ideas tal como él podría ser concebido hoy por un solo espíritu, que, colocado en un punto de vista conveniente, y provisto de los conocimientos suficientes, se ocupara en rehacer la ciencia en su conjunto. El primer modo es evidentemente aquel por el cual comienza, necesariamente, el estudio de cada ciencia naciente pues presenta esa propiedad de no exigir, para la exposición de los conocimientos, ningún nuevo trabajo distinto de aquel de su formación, toda la didáctica reduciéndose entonces a estudiar sucesivamente, en el orden cronológico, las diversas obras originales que han contribuido a los progresos de la ciencia. Por el contrario, el modo dogmático, suponiendo que todos esos trabajos particulares han sido refundidos en un sistema global para ser presentados siguiendo un orden lógico más natural, no es aplicable más que a una ciencia que ha llegado a un grado bastante alto de desarrollo. Pero, a medida que la ciencia hace progresos, el orden histórico de exposición llega a ser cada vez más impracticable por la larga serie de intermediarios que obligaría recorrer al espíritu; en tanto que el orden dogmático llega a ser cada vez más posible, al mismo tiempo que necesario, puesto que nuevas concepciones permiten presentar los descubrimientos anteriores bajo un punto de vista más directo" (14).

El interés es didáctico. Se sigue un orden cronológico en la exposición "histórica" gracias a que los materiales disponibles son muy pocos en una ciencia naciente. La exposición "dogmática" se hará en las ciencias más avanzadas para facilitar el trabajo pedagógico que se torna imposible de realizar cuando se han acumulado una gran cantidad de progresos científicos. Para Comte no es problemático ni el saber cuándo nace una ciencia ni el reconocer cuándo al interior de una ciencia ya existente se dan reformulaciones de mayor área investigativa. Sólo interesan los resultados a los cuales han llegado las ciencias y la forma como deben ser expuestos más didácticamente.

Es por esto que J. S. Mill ha señalado que el filósofo positivista ha dejado sin resolver el problema fundamental de la lógica. "Se nos enseña el camino

a seguir para buscar resultados, pero cuando un resultado ha sido obtenido, ¿cómo reconoceremos que él es la expresión de la verdad? ¿Cómo asegurarnos que el procedimiento ha sido correctamente cumplido y que nuestras premisas, componiéndose sea de generalidades sea de hechos particulares, contienen realmente la prueba de la conclusión que en ellas hemos fundado? Sobre esta cuestión el señor Comte no ilumina nada. No provee ningún criterio de verdad. En lo que concierne a la deducción, no admite el sistema silogístico de Aristóteles y de sus sucesores... ni propone sustituirle otro; en cuanto a la inducción, no da ninguna regla. No parece reconocer la posibilidad de un criterio general que sirva a decidir si una conclusión inductiva es correcta o no... Se declara el enemigo vehemente de esas hipótesis científicas que... no son susceptibles de prueba directa y que son admitidas sobre la sola evidencia de su aptitud para explicar los fenómenos. Sostiene que ninguna hipótesis es legítima si no se la puede verificar, y que uno no debe aceptar ninguna hipótesis por verdadera si no se puede mostrar no solamente que ella concuerda con los hechos, sino aún, que su falsedad sería incompatible con ellos. Le es pues necesario tener un criterio de verdad inductiva y no dando ninguno, parece abandonar como insoluble el principal problema de la lógica propiamente dicha" (15).

Por otra parte, si el pensamiento clasificador es utilizado para organizar el conjunto de las ciencias abstractas existentes siguiendo el orden de complejidad creciente de los objetos, ese mismo pensamiento, nos parece que actúa para establecer la jerarquía de quienes manejan el saber. Nos parece también muy importante establecer, paralelamente al orden de cosas objetivas, la que podría ser la jerarquía "natural" de los agentes del conocimiento.

Como hemos señalado antes, todos los hechos pueden ser objeto de observación y sólo la observación es fuente adecuada y fecunda de todo conocimiento. Pero tales hechos pueden ser observados de dos maneras: tomándolos aisladamente sin conectarlos ni relacionarlos con ningún otro hecho anterior, posterior o simultáneo, y corriendo el riesgo de que tales observaciones se tornen ociosas, inútiles y hasta perjudiciales al cultivo del espíritu positivo. Este tipo de observaciones puede ser realizado por cualquier hombre común y corriente y le exigen un mínimo de atención y de dedicación para lograr un mínimo de previsión a partir de tales hechos. Es ésta la función de la Razón Universal que todos los hombres poseen si no han caído en el idiotismo. La otra manera de observar se dirige más directamente a la retención de regularidades en la ocurrencia de los hechos observados. Tal regularidad es la que permite constatar relaciones estables que constituyen el tejido mismo de los hechos que no se dan aislados en la naturaleza. Al estudio de estas permanentes repeticiones de los hechos y al establecimiento de las relaciones entre ellos se dedican los científicos concretos.

A partir de la constatación de relaciones estables regularmente observadas entre los hechos, es posible aproximarse a las leyes generales que rigen fenómenos de sectores de más amplia consideración. Estas leyes, que darán a las ciencias su mayor capacidad de previsión en el mundo cultural, son también las que marcan de la manera más clara la vocación a la sistematización propia de los científicos llamados abstractos.

En las ciencias abstractas así constituidas, lo más importante para servir de estímulo y de vía a los progresos futuros de las ciencias y del espíritu humano es el estudio de las formas como ellas han procedido metodológicamente en su relación con el objeto que les correspondía. Es al filósofo positivista a quien le toca la tarea de poner en claro la auténtica lógica, la auténtica filosofía de todas y cada una de las ciencias, usando de los privilegios que le vienen de las generalidades y aceptando sus obligaciones en la búsqueda de un Orden cada vez mayor.

Hechos observados aisladamente - hombre común.
Relaciones regulares observadas - científico concreto
Leyes generales - científico abstracto
Métodos científicos - filósofo positivista.

Escala jerárquica de la clasificación de los conocimientos que tiene la ventaja de relacionar las líneas de sujetamiento entre todos los hombres. Una tal sujeción se justifica "naturalmente" por el respeto del clasificador al principio mismo de la clasificación. Como dice M. Serres: "la tabla es enteramente sistemática "e" histórica, estática "y" dinámica. La teoría engendra un orden que comprende a la teoría, la doctrina da a leer una historia que engendra la doctrina. El cuadro no está escrito sobre un espacio trivial, termina en una bolsa que lo dobla sobre sí mismo" (16).

Se comprende entonces la doble relación que posee la segunda lección del *Cours* con la primera, y de ésta con todo aquél. La teoría clasificatoria de las ciencias termina por estar incluida en la clasificación misma bajo la forma de una sociología llamada a constituirse como ciencia positiva. Pero además, la aparición del positivismo permite la comprensión de la "Ley de los tres estados" que rige la aparición de la doctrina positiva, y por tanto el criterio mismo de lo que son y deben ser las ciencias abstractas positivas. Allí se anuda la filiación doctrinal entre el conocimiento común y el conocimiento científico y se sujetan las formas del pensamiento común a las directrices de los hombres de ciencia (primero a los científicos concretos y por este camino, a los científicos abstractos).

Nos parece igualmente que el estatuto del "especialista en generalidades" queda cada vez más claro en el trabajo de Comte. Sea que lo considere como "filósofo positivista", sea que se lo tome como "sacerdote de la humanidad", él define el ejercicio del poder ejerciéndolo. Es decir: ser observador de las

metodologías científicas no es solamente "ver" cómo ellas trabajan sino y sobre todo, prescribir cómo deben hacerlo.

Comte considera que hay ciencias clasificadas en las cuales esa sujeción de los agentes del conocimiento se realiza plenamente. Es el caso de la astronomía, donde en la actualidad, (siglo XIX) el saber común se encuentra vinculado al conocimiento científico positivo y éste se halla respaldado por la opinión general de todos. En el caso de las ciencias sociales no ocurre lo mismo. Allí Comte sólo detecta el juego destructor y anarquizante del pensamiento metafísico. Los que dicen saber algo sobre la sociedad y pretenden dirigirla, están lejos del espíritu positivo, instalados en las vanas utopías progresistas o en las ilusiones demagógicas. La filosofía positiva y con ella la auténtica metodología, están obligadas a introducir el Orden en ese saber, pues si no lo hacen, aumentará el reinado de la anarquía. Pero ese orden no sólo debe ser impuesto donde aún no exista, sino que debe ser conservado donde ha sido logrado. Si se lo deja a su propio destino, rápidamente se reinstalarán en los espíritus formas de pensamiento superadas.

"La ciencia en sí misma es anárquica porque no está disciplinada y regentada por la filosofía. [Comte] habría imaginado muy bien pelotones de sabios conducidos a sus laboratorios por filósofos, como escolares por una pasante o una patrulla por su cabo; los sabios son soldados de la ciencia y los filósofos son los suboficiales. Con Joseph de Maistre, él admira la fuerte jerarquía del catolicismo romano; el ideal católico de la edad media lo encanta: la entera subordinación de lo temporal a lo espiritual, la monarquía universal de la Iglesia. Su ideal social y político es una sociedad jerarquizada sobre el modelo de la Iglesia medieval..."⁽¹⁷⁾.

Abundan los textos en los cuales Comte no oculta el objetivo principalmente político, estabilizador, de su filosofía. Conocer la unidad metodológica que, según él, se diversifica en las ciencias, es tener el poder de mantener entre los ciudadanos una comunidad intelectual y moral, institucional y dogmática suficientemente fuerte. "Todas las veces que en una dirección particular cualquiera, la sociedad tiene necesidad de trabajos teóricos, es reconocido que debe dirigirse a la clase de sabios correspondientes: es pues el conjunto del cuerpo científico el que es llamado a dirigir los trabajos teóricos generales cuya necesidad viene de ser constatada"⁽¹⁸⁾.

Los científicos no son y no pueden ser neutrales en política. Su propio contacto con los objetos observados en cada sector de las ciencias les obliga a un compromiso de defensa de la "armonía" constatada. Sólo es un verdadero científico el que acepta testimoniar del orden natural y participa activamente en la institucionalización sólida de una moral universal que prescriba a todos (científicos y hombres corrientes) las reglas de conducta conformes a la armonía fundamental. Comte considera que así se pue-

de captar el verdadero instinto popular al cual todas las políticas "metafísicas" se han dirigido sin éxito visible de encauzarlo. Sólo la filosofía positiva podrá responder a las necesidades espirituales y materiales del pueblo que son, respectivamente: búsqueda de una educación normal basada en las ciencias de observación que permita el desarrollo de las capacidades intelectuales de todos; y, búsqueda de un trabajo material regular donde se insista, más que sobre los pretendidos derechos de todos los hombres, en los deberes que todos han de cumplir para el mantenimiento de la armonía social. Afortunadamente es la clase de los "letrados" la que ha recibido las enseñanzas metafísicas impartidas por una educación basada en juegos de palabras o en el trato con pretendidas "entidades". A esas instituciones hay que criticarlas como que son la nueva escolástica ya criticada por Bacon en su teoría de los "Idola". El pueblo ha permanecido impermeable a la corrosiva acción de los embaucadores y por él ha resbalado todo el fardo de nociones y de abstracciones propias del pensamiento "metafísico". La "inclinación natural de las inteligencias populares" ha permanecido así fiel a la "sana filosofía" que no es otra que la positivista, conectada al "buen sentido universal, su primera y necesaria fuente".

En la acción que la Humanidad ejerce sobre el mundo exterior, han surgido "espontáneamente" dos clases distintas e indispensables. La clase de los empresarios y la clase de los operarios. A los primeros les ha correspondido una responsabilidad fundamentalmente social pues les toca dirigir el conjunto de las operaciones propias a sus funciones de poseedores. A los segundos, ejecutantes de operaciones parciales y despreocupados del conjunto y de sus resultados, les ha correspondido prorariamente un comercio más estrecho y directo con la Naturaleza. Este trato con la naturaleza y su libertad con respecto al empleo de los capitales hace de esta clase mayoritaria de los asalariados, la más dispuesta a la contemplación, a la vez estética y científica. En esta forma, los operarios se subordinan a los científicos para hacer que la Humanidad perfeccione el ya existente orden natural. J. Delvolvé escribe con toda razón: ⁽¹⁹⁾ "en realidad, los principios a los cuales tiende como matemático, para someter la variedad de las leyes de experiencia, no están determinados por el interés en la ciencia sino por la preocupación práctica de regeneración social y moral: por ejemplo, por el interés moral de la unificación interna de los conocimientos o por el del acuerdo externo de los espíritus sobre algunos dogmas invariables". Y más lejos: "el ardor de generalización aparece en Comte correlativo de su incuriosidad científica: se confía gustoso a las virtudes de la generalización para asegurar a las ciencias las mejores condiciones de progreso: este progreso será acelerado por la coordinación de los trabajos de los especialistas diversos y por una juiciosa limitación de las investigaciones; —intervención no de pionero de los descubrimientos futuros sino de jefe de industria, preocupado en su-

bordinar la innovación a los intereses generales de la empresa"⁽²⁰⁾.

Paradójicamente, Comte considera que la filosofía positiva de las ciencias, que no debe encontrar resistencias en los proletarios, sí las encuentra más fácilmente en los cultivadores de las ciencias. Y ello por el tipo de educación impartida a los científicos. Mientras que los proletarios, marginados de la educación que tienen las élites, se sienten atraídos por las generalidades surgidas en su trato con la naturaleza y que refrendan la íntima conexión entre la razón universal y el espíritu positivo, los científicos han sido víctimas de una "especialización ciega y dispersa que les ha impuesto una educación parcializada", producto de la complicación creciente de los fenómenos estudiados. Y decimos que "paradójicamente" puesto que, los proletarios que no han tenido cultivo alguno del saber científico institucional se convierten, para Comte, en la base social de ese saber de las generalidades que se obtiene a partir de la reflexión metodológica y positiva sobre las ciencias existentes. Correlativamente, la rutina académica de los especialistas en cada ciencia desarrolla en éstos sólo una pequeña parte del sistema mental, dejando todo lo demás bajo la égida de un vago régimen teológico-metafísico, "de suerte que el verdadero espíritu positivo, que corresponde al conjunto de los diversos trabajos científicos, no puede hoy ser del todo comprendido por ninguno de los que lo han naturalmente preparado. Cada vez más entregados a esa inevitable tendencia, los sabios propiamente dichos son llevados, en nuestro siglo, de manera irremediable, a una insuperable aversión contra toda idea general y a la absoluta imposibilidad de apreciar realmente ninguna concepción filosófica"⁽²¹⁾.

Las relaciones entre la llamada Razón Universal y el Espíritu Positivo comportan una doble consecuencia: la primera de ellas interior a las formas de sujeción de los agentes del conocimiento, la segunda con respecto a las formas de orden existentes en la vida social.

Consideradas desde el punto de vista del objeto, las ciencias se distinguen unas de otras y se dedican al estudio de sectores de la realidad bien definidos y distintos. Pero consideradas desde el punto de vista de la forma cómo trabajan con los hechos, con los fenómenos, y cómo llegan a la formulación de leyes válidas para tales regiones diversas de la naturaleza y del saber, Comte cree poder trazar ciertos rasgos generales que constituyen la filosofía de la ciencia. La generalización de tales métodos autorizará su exportación de una región a otra de la clasificación y asegurará en todos los lugares del saber un auténtico espíritu positivo. Nos parece entonces que es acá donde se articula la crítica a la forma de educación que reciben los científicos, engeguados en sus respectivas especializaciones. Es necesario operar toda una reforma en la educación e introducir en el ambiente científico un principio de orden general para desanarquizar a los científicos; en esta forma, quien

se dedique a las ciencias quedará sujeto a la autoridad del filósofo positivista, único agente del conocimiento llamado a coronar la jerarquía real de las ciencias, dado su comercio con lo que constituye el núcleo fundamental de ellas, la metodología. Igualmente quedará asegurada la filiación natural que las ciencias tienen con el saber común de todos los hombres. En este caso, el saber funda efectivamente el poder y lo funda correctamente. Bajo la autoridad del filósofo, los científicos convertidos en generalistas, podrán reinar adecuadamente cumpliendo con su función organizadora de la sociedad.

El trabajo de las ciencias se ejercerá entonces en beneficio del orden capitalista establecido. El saber científico deviene Razón de Estado. Porque la sociedad se ha conformado sobre la distinción y separación que la división social del trabajo ha introducido. En la sociedad industrial existen proletarios y empleadores. Orden "natural" que un verdadero positivista no debe aventurar en desmontar sino empeñarse en su reproducción y estabilización. Porque según el padre de la sociología, ningún espíritu instruido debe preguntarse el "¿por qué?" sino solamente el "¿cómo?" de lo que la ciencia debe resolver. "A fortiori", ningún científico social de los llamados a desarrollar la ciencia "fundada" por Comte deberá olvidar el funcionalismo triunfante del "porque sí". En la primera lección se lee: "Sólo ella [la filosofía positiva] ha estado, desde hace muchos siglos, en constante progreso, mientras que sus antagonistas han estado constantemente en decadencia. Que esto haya ocurrido con razón o por equivocación, poco importa; el hecho general es incontestable y eso es suficiente". Todo científico debe estar convencido de que su trabajo será siempre exitoso y por tanto no tiene nada más de qué preocuparse. No interesa conocer las razones de tal proceso. Tampoco debe renunciarse a participar en él: cualquier otro tipo de pensamiento teológico o metafísico está en decadencia, y ¿quién deja aquello que la historia perfila como llamado a imponerse cada vez más por acojerse a algo llamado al fracaso y a la desaparición? Además, en la medida en que el científico se reforme y se haga "generalista", su lugar de poder estará asegurado pues la división social del trabajo le garantizará el que sea consultado con fe ciega por parte de la mayoría de la población, por los proletarios en quienes se manifiesta la Razón común y donde se apoya el espíritu positivo.

Comte ha comprendido bien las ventajas y privilegios del saber, y los defiende. El imperialismo del saber científico es claramente una política de dominación, a la cual sólo le cabe denunciar como mítica la búsqueda de una sociedad igualitaria donde la explotación del hombre por el hombre desapareciera; una política de conservador de jerarquías donde todo pensamiento distinto del científico sería destruido.

Las críticas hechas por Comte con respecto a la economía política (que al principio le permitirán proponer una física social ... que llegará a ser luego una sociología de la Humanidad) van a introducir una cierta forma de historicidad, metodológica y doctrinariamente considerada.

Metodológicamente, puesto que Comte, siguiendo los éxitos clasificatorios de los historiadores de la naturaleza, considera que lo histórico es un método de observación tan importante como la experiencia propiamente dicha. Doctrinariamente, porque la posibilidad de pensar un tipo de historicidad distinta a la que, hasta el momento, presentaban los historiadores "metafísicos", da pie al ataque contra los economistas políticos.

Desde el *Plan de trabajos científicos necesarios para reorganizar la sociedad* (1822) conocemos la doble condición que debe llenar todo saber para ser efectivo:

1. Representar la realidad, es decir, ligar los hechos en jerarquías de generalidades a la vez verdaderas y accesibles al espíritu humano.
2. Permitir actuar sobre tal realidad, es decir, que estos conocimientos deben estar adaptados a nuestras verdaderas necesidades.

Los economistas mutilan el punto de vista humano (aquel de la totalidad global) aislándose en su objeto "metafísico". Carentes de una teoría real, toman las ficciones de la imaginación por realidades...

Erigiendo en dogma la "no intervención", la economía política expresa su vicio fundamental: considerar que "las cosas sociales tienden naturalmente a arreglarse por sí mismas, siguiendo un cierto orden ventajoso". Este optimismo ha podido subsistir gracias a la ignorancia afectada que de la historia tienen los economistas. "El dogma teológico y metafísico que proclama de una manera absoluta que todo está tan bien como jamás podría estarlo, tiende a convertir la especie humana en estacionaria, quitándole toda perspectiva de mejoramiento real. La idea positiva de que, para un tiempo durable, la organización social es siempre tan perfecta como lo exige el estado de civilización, lejos de detener el deseo de mejoramiento, no hace por el contrario más que imprimirle un impulso práctico más eficaz, dirigiendo hacia su objetivo verdadero —el perfeccionamiento de la civilización— esfuerzos que habrían permanecido sin efecto si se los hubiera dirigido inmediatamente sobre la organización social" (22).

Es necesario adicionar a las leyes de estática, las leyes de la dinámica social. Pensar que la sociedad pueda limitarse a un puro funcionamiento mecánico sin ninguna existencia dinámica, es olvidar que la especie humana puede perfeccionarse. La vida es ya una realidad distinta del mundo inerte y es algo más

que ese mundo inerte. Con mayor razón, la sociedad humana posee una vocación de perfeccionamiento. Existe un orden de la vida, pero tal orden sólo puede ser concebido como progresivo. Pues para Comte, todo progreso es la realización de un orden. Considerar el progreso independientemente de un orden es caer en la anarquía y dar cabida al pensamiento metafísico. Aceptar el orden sin progreso posible es condenar la sociedad al mundo estacionario del estado teológico. Sólo la conjugación del orden y del progreso puede permitirnos una idea equilibrada del verdadero destino de la sociedad.

El conocimiento de la sociedad está limitado por la positividad histórica del sociólogo mismo, estableciéndose así el principio absoluto del "todo es relativo". Pensamos que sea este historicismo comtiano el que no permita la inclusión de la historia en la clasificación de las ciencias positivas. Se trata más bien de dejar en la naturaleza humana inscrito el "deseo" de mejoramiento. Entonces, será necesario que toda la acción se centre sobre la civilización material antes que sobre la organización de la sociedad.

Es necesario sustituir a esa historia que no hace más que "la biografía de los gobernantes" (23) con un espíritu de "literatos", por una historia fundada en consideraciones sobre la "marcha de la civilización". A una historia donde se despliega la imaginación, el estilo y la elocuencia, a una historia de dinastías y de reinos, es necesario oponerle una verdadera teoría, establecer entre los acontecimientos un encadenamiento real, observado inmediatamente.

Como en todo método científico, se debe buscar proceder sobre los hechos reales y hacerlo de manera análoga a como lo hace cualquier ciencia de observación. La historia no puede continuar siendo un género literario donde la retórica y los juegos de estilo constituyen la forma de aquello por memorizar. Cambiar la forma de hacer historia sólo es posible si se cambia el objeto mismo de la disciplina.

Para hacer del método histórico un instrumento eficaz de conocimiento positivo y de la historia una doctrina científica es necesario suspender todos los juicios de valor (que frecuentemente se encuentran entre el historiador y el hecho observado) y abstenerse de toda consideración "a priori". Los hechos históricos no deben ser escogidos al nivel de las voluntades humanas sino de las "fuerzas exteriores que actúan [por el hombre], a partir de las leyes sobre las cuales él no puede nada" (24).

Estas "fuerzas exteriores" constituyen el "estado de civilización". Fuerzas, exteriores a las voluntades individuales, que manifiestan el desarrollo del espíritu humano y la acción del hombre sobre la naturaleza. El "estado de civilización" es entonces el que determina la organización social, temporal y espiritualmente considerada; es la forma esencial que toman las fuerzas sociales destinadas a dirigir la actividad del hombre, actividad que tiene como objetivos la naturaleza y las instituciones sociales. Las

ciencias, las bellas artes y la industria son elementos de la civilización.

Con respecto a estos tres factores, es sin lugar a dudas el del conocimiento científico el que marca, de una manera más clara, el desenvolvimiento espiritual. Un desenvolvimiento que tiene como destino el mejoramiento continuo de la naturaleza humana en el marco de esas condiciones exteriores. Son exteriores a los individuos pero lugar de manifestación de la acción natural y social de la Humanidad en su conjunto. En la acción natural, la primacía debe dársele al agente de la acción: la Humanidad se distingue de la animalidad por una inteligencia que se manifiesta en sus obras, sobretudo en la constitución y consolidación de las ciencias. En la acción social, el interés recae en la capacidad de automejoramiento al hacer intervenir eficazmente la racionalidad.

"¿Y de dónde viene esta ligazón?... Del hecho de que el desarrollo del espíritu, es decir de la ciencia ... está él también al servicio de la acción del hombre sobre la naturaleza ... La separación de la teoría y de la práctica ... se acompaña de una subordinación de la especulación a la acción, a nivel de los fines" (25). Lo que caracteriza a la Humanidad, distinguiéndola esencialmente de la animalidad, es su historia. Y esta diferencia específica es radical: La Humanidad no solamente posee una historia, "ella es su historia".

Esta historia nos enseña la comprensión del orden de las causas efectivas: Pensar que la política es el núcleo de las dificultades sociales es olvidar que ella está supeditada a los elementos del estado de civilización y que sólo si se actúa sobre las opiniones y las costumbres se podrán adecuar las instituciones, diseñando una acción moral que haga de lo político algo filosófico. Además, sólo el espíritu positivo puede comprender las condiciones previas de una disciplina mental: la ciencia social queda conectada orgánicamente a las otras ciencias fundamentales haciendo de ellas un preámbulo necesario para el mejoramiento y perfeccionamiento de la Humanidad. En fin, y este es el convencimiento fundamental de Comte: el estado presente es el resultado necesario de la evolución anterior en su conjunto y por tanto, la apreciación racional del pasado no sólo es aconsejable sino necesaria para el examen actual de cualquier asunto de la historia humana. Así se podrá vivificar el sentimiento de pertenencia a la Humanidad al mismo tiempo que se reducen a nada las vanas pretensiones de las tendencias críticas, que impiden ver nuestro orden social-artificial como una simple prolongación de un orden natural más profundo.

Las "diversas edades de la civilización" pueden repartirse como "las organizaciones animales y vegetales" (26) siguiendo el método de clasificación ya probado en historia natural, pero con la condición de no olvidar que tales épocas son los desarrollos

de un espíritu preformado en su esencia: solidaridad de las generaciones sucesivas que hace que los muertos gobiernen cada vez más los vivos (pues en el mundo social los "resultados" se acumulan de manera permanente de una generación a la otra) según la marcha natural y necesaria de la civilización. Historia Total de sentido único en su desarrollo: de la inicial a lo definitivo, pasando de una época a la otra como se pasa de una causa mecánica a su efecto, en la sucesión de un tiempo lineal.

Esta presencia constante de los muertos en el mundo de los vivos y la solidaridad que nos impone este reconocimiento, da a los estudios históricos una forma de proceder principalmente de lo general a lo particular. Utilizar la vía contraria es condenarse a no obtener ningún resultado y a permanecer en un nivel precientífico.

"Cuando se trata solamente de construir con exactitud los anales generales de la especie humana, es necesario evidentemente comenzar por formar los de los diferentes pueblos, y éstos no pueden ser fundados más que sobre las crónicas de provincias y de ciudades, o incluso sobre simples biografías. De manera semejante, bajo otro aspecto, para formar los anales completos de cada fracción cualquiera de población, es indispensable reunir una serie de documentos separados relativos a cada uno de los puntos de vista bajo los cuales ella debe ser considerada. Es así como se debe necesariamente proceder para llegar a componer los hechos generales que son los materiales de la ciencia política, o más bien, el objeto sobre el cual portan sus combinaciones. En efecto, por su naturaleza misma, todas las clases de fenómenos sociales se desarrollan simultáneamente y bajo la influencia los unos de los otros, de tal manera que es absolutamente imposible de explicarse la marcha seguida por alguno de ellos sin haber concebido previamente la progresión del conjunto de una manera general" (27).

En los estudios históricos no se trata pues de realizar inducciones a partir de los hechos constatados o inventariados. Comte considera legítimo ese camino que va de lo singular a lo general, pero sólo si se trata de obtener los materiales propios de la política. Si por el contrario, se busca la inmersión en la cientificidad, es necesario invertir el camino, abandonar el análisis y dedicarse a concebirlo todo a partir de una teoría histórica. Está bien que se vean los hechos en la masa documental estudiada, pero para saber describirlos adecuadamente, esto es, comprendiendo su significación, es necesario partir de una teoría histórica y forjar los instrumentos adecuados para comprender la totalidad de esta particular clase de fenómenos que llamamos sociales. Si consideramos la marcha de la civilización, tenemos que estudiar las ciencias, las artes y los hechos de industria como simultáneos, como formando un todo que llamamos la civilización. Si consideramos el despliegue de las instituciones sociales y con ellas las formas

del poder espiritual y temporal, no podemos prescindir del principio que constituye el todo social, progresando siempre como una totalidad de conjunto.

“Si ‘la especie humana se mueve por una impulsión propia’, su movimiento obedece a una ley ‘tan necesaria como la de la gravitación’... Esta ley la conocemos: es la ley de los tres estados, o más bien, el *Fatum*, el doble *Fatum*, histórico y fisiológico, que pesa sobre la Humanidad”⁽²⁸⁾

En la primera lección del *Cours* (‘Exposición del objetivo de este curso o consideraciones generales sobre la naturaleza y el destino de la filosofía positiva’) Comte define los términos de la que él considera como la ley fundamental de la dinámica social, considerada la Humanidad en su conjunto: “el espíritu humano, por su naturaleza, emplea sucesivamente en cada una de sus investigaciones tres métodos de filosofar, cuyo carácter es esencialmente diferente e incluso radicalmente opuesto: primero el método teológico, enseguida el método metafísico y en fin el método positivo. De allí tres tipos de filosofía, o de sistemas generales de concepciones sobre el conjunto de los fenómenos, que se excluyen mutuamente: la primera es el punto de partida necesario de la inteligencia humana, la tercera su estado fijo y definitivo, la segunda únicamente destinada a servir de transición”⁽²⁹⁾.

Comte expone la ley como siendo inherente a la “naturaleza” del espíritu humano. Pero es necesario no equivocarse: este concepto de “naturaleza” no tiene la misma significación que para el pensamiento metafísico. El mismo había escrito: “el último término del sistema metafísico consiste en concebir... una única gran entidad general, la “naturaleza”, encarada como la fuente única de todos los fenómenos”. De la misma manera, no hay que pensar que la noción de “espíritu humano” guarde acá una significación de entidad trascendente a la marcha de la civilización. Se trata de un recurso contiano: se busca la explicación del avance de la civilización a pesar de todo aquello que pueda impedirlo. “Este recurso a la naturaleza es tan fundamental que permite naturalizar de alguna manera el fenómeno más específico de la historia humana; el trabajo o la industria, por el cual el estado social alcanza su objetivo”⁽³⁰⁾. El espíritu humano posee una naturaleza que no es otra que el hecho determinado por el lugar que ocupa en medio de los seres vivos. Se trata de un hecho determinado por la fisiología y constatable por medio de la observación. Y estos seres vivos, incluyendo al hombre, tienen capacidad de concebir más allá de lo que pueden ejecutar. “Así, el motor de la historia es una fuerza natural de propulsión, inicialmente hiperbólica, finalmente devenida metódica cuando la acción del hombre ‘ha sido encerrada en los límites reales, reduciéndola a modificar más o menos, los unos por los otros, un cierto número de fenómenos que está destinado a observar’”⁽³¹⁾.

La “ley de los tres estados”, relativamente cons-

tante en las obras de Comte, será también el nudo complejo de dificultades debidas fundamentalmente al privilegio otorgado al pensamiento científico. “Ley” que no puede pretenderse tal más que en la medida en que esta palabra no signifique ya más captación de la regularidad (permanencia) de relaciones observadas inmediatamente. Ley “histórica” que, a nuestro parecer, no traza la historia efectiva de ningún objeto, pues no resiste una verificación al nivel de universalidad que le es asignado. Ley histórica del “desarrollo del saber” que, copiándose sobre el modelo de crecimiento de los organismos vivos, pensamos que no llega más que a expresar un estado determinado de las fuerzas sociales existentes en la post-revolución.

Porque Comte encuentra un refuerzo de validación de su ley fundamental en las variaciones ocurridas en la vida social a través de la escuela: “A medida que las ciencias han llegado a ser positivas, y que por ende han hecho progreso siempre crecientes, una masa cada vez más grande de ideas científicas ha entrado en la educación común, al mismo tiempo que las doctrinas religiosas perdían poco a poco su influencia. Se han construido escuelas especiales para la ciencia, donde la acción de la teología y de la metafísica era por así decir, nula. En fin, el estado de los espíritus ha cambiado a tal punto, bajo este aspecto, que hoy el sistema de ideas de cada individuo, desde el ciudadano menos instruido hasta el más instruido, se refiere casi en su totalidad a las ciencias positivas, y que, comparativamente, las antiguas creencias no ocupan más que un pequeño lugar en las clases donde estas creencias han conservado su mayor imperio”⁽³²⁾.

Como nuestro filósofo no se pregunta el “por qué?” de esta ley, nos dedicaremos en otro lugar al estudio de ella según los modelos de interpretación autorizados por sus diversas formulaciones. Por el momento baste decir que en lo que se refiere a nuestro tema, la ley de los tres estados consagra la generalización y el predominio creciente de la cientificidad positiva y la subordinación de todo pensamiento común al pensamiento científico. Todo conocimiento común que consista en observaciones de fenómenos regulares, quedará convertido en preámbulo histórico del conocimiento científico; todos aquellos que pasen por ser conocimientos no-científicos terminarán por desaparecer a causa de la acción de la escuela, encargada de trasladar el imperio del saber de las nociones teológico-metafísicas a las ciencias positivas.

P. Arnaud escribe de la concepción histórica que sostiene la “ley de los tres estados: “una concepción causalista, determinista y, en el límite, mecanicista del acontecimiento histórico siempre calificado de “fenómeno” y del tiempo mismo, todo sobre un fondo de “necesidad” y de “leyes naturales”. Y ¿cómo sorprenderse puesto que esa actitud no es otra que la más “natural” —que además no puede faltar— para recomendar a un filósofo para quien la ciencia y la

filosofía no son más que la sistematización del buen sentido espontáneo? Ahora bien ¿el buen sentido ha visto alguna vez a los acontecimientos sucederse de otra manera que los unos enseguida de los otros, en un orden inmutable, irreversible, lo que precede empujando a lo que sigue y así sucesivamente?... La historia del desarrollo de la especie se ordenará pues en función del buen sentido. Es decir, que ningún acontecimiento, de cualquier talla, cualquiera sea su amplitud, no será “explicado” más que a partir de “elementos preexistentes” y de “disposiciones anteriores”⁽³³⁾.

Como en las otras ciencias ya inventariadas, la historia —o más bien la parte histórica de la sociología— aparece como una sistematización del sentido común. El facilita la continuidad sucesiva de los acontecimientos siguiendo la línea de un tiempo único. Se presenta así una visión causal y determinista del acontecimiento histórico.

Sin embargo se nos ocurren algunas anotaciones a este respecto. Si consideramos que el sentido común nos proporciona una idea de la “necesidad” y con ella una aproximación a la “ley natural”, queda siempre la pregunta: ¿hemos de considerar como haciendo parte o no del pensamiento común a todas las imágenes y representaciones que, en la prehistoria de las ciencias, los hombres se hacían de los dioses y de sus acciones sobre los hombres y sobre la naturaleza, del destino y de sus fatales e insalvables caminos? ¿Hacen parte o no del llamado pensamiento común todas aquellas manifestaciones espirituales y todas aquellas acciones realizadas por los pueblos en sus luchas por la libertad, representándose como actores de su historia —o al menos como destructores de los antiguos regímenes? En caso de que Comte se sometiera a las normas del “buen sentido” ¿debemos creer que el buen sentido se agota en una imagen, en unas representaciones tan simplificadas y simplistas como las mencionadas por P. Arnaud?

Pero por otra parte: si consideramos que el sentido común ha sido siempre el mismo y que su verdadera importancia radica en preceder las formulaciones que en algún momento serán científicas, ¿no estaremos limitando el conocimiento común haciéndolo solamente precursor de un pensamiento tan especializado como el conocimiento científico? Y correlativamente, ¿las dificultades de Comte provenirán de su estricta sumisión al buen sentido, o serán más bien el fruto de una concepción estrecha de las ciencias, de sus leyes y de sus teorías?

Este tipo de problemas nos llevan a la segunda parte de nuestro trabajo. Porque se nos impone el análisis detallado de la ley fundamental de los tres estados y con ella los modelos de interpretación autorizados por la obra de Comte. Porque nos parece que el rechazo que se hace del pensamiento teológico-metafísico implica una cierta política que explica la estrategia de atacar sectores del pensamiento no científico, patrimonio también de la sociedad huma-

na. Como escribía A. Koyré: “Tal vez... las vías del espíritu son a tal punto caprichosas y a tal punto ilógicas!”.

1. Mill, J. Stuart. *Auguste Comte et le positivisme*. París: Baillière, 1868. p. 70.
2. Comte, Auguste. *Opuscles de Philosophie Sociale* (1819-1828) París: Leroux, 1883. p. 156.
3. Marcuse, Herber. *Raison et Révolution*. París: Minuit, 1968. pp. 398-399.
4. Comte, Auguste. *Catéchisme Positiviste ou Sommaire exposition de la Religion Universelle*. París: Carilian-Goeury et V. Dalmont, 1852, p. 44.
5. Uta, Michel. *La théorie du savoir dans la philosophie d'Auguste Comte*. Pref. d'E. Goblot. París: Alcan, 1928, p. 96.
6. Duboul, Jean. *Le positivisme*. París: Hachette, 1867. p. 19.
7. *Ibidem*. p. 27.
8. Comte, Auguste. *Cours de Philosophie Positive*. t. IV. París: Rouen et freres-Bachelier, 1830-1842. pp. 418-419.
9. Foucault, Michel. *Les mots et les choses*. París: Gallimard, 1966. pp. 309-310.
10. Comte, Auguste. *Lettres à Valat*. París: Dunod, 1870. pp. 90-91.
11. *Ibid. Opuscles de Philosophie Sociale* (1819-1828). p. 145.
12. *Ibid. Cours de Philosophie Positive*. t. I. p. 73.
13. Serres, Michel. *Hermes II: L'interférence*. París: Minuit, 1972. p. 20.
14. Comte, Auguste. *Cours de Philosophie Positive*. t. I. p. 37.
15. Mill, J. Stuart. *Op. cit.*, p. 59-60.
16. Serres, Michel. *Op. cit.*, p. 21.
17. Goblot, E. in Uta, Michel. *Op. cit.* pp. xviii-xix.
18. Comte, Auguste. *Opuscles de philosophie sociales* (1819-1828) p. 92.
19. Devolve, Jean. *Reflexions sur la pensée comtienne*. París: Alcan, 1932. p. 3.
20. *Ibidem*, p. 38.
21. Comte, Auguste. *Discours sur l'esprit positif*. París: Bachelier, 1944. p. 138.
22. *Ibid. Opuscles de philosophie sociale* (1819-1828). pp. 153-154.
23. *Ibid. Ecrit de Jeunesse* (1816-1828). París: Mouton, 1970. p. 453.
24. *Ibid. Opuscles de philosophie sociale* (1819-1828) p. 123.

25. Arnaud, Pierre. *Le "Nouveau dieu"*. París: Vrin, 1973. p. 105.
26. Comte, Auguste. *Opuscles de philosophie sociale* (1819-1828). p. 145.
27. *Ibidem.* pp. 174-179.
28. Arnaud, Pierre. *Op. cit.*, p. 95.
29. Comte, Auguste. *Cours de Philosophie Positive*. t. I. pp. 3-4.
30. Canguilhem, George. *Histoire de l'homme et nature de choses selon Auguste Comte dans le "Plan..."* 1822. "Les Etudes Philosophiques" N° 3 Juillet-Sept. 1974. P.U.F. p. 295.
31. *Ibidem.*, *loc cit.*
32. Comte, Auguste. *Opuscles de Philosophie sociale* (1819-1828). p. 41.
33. Arnaud, Pierre. *Op. cit.*, p. 187.

el partido conservador y la reforma constitucional de 1936

alvaro tirado mejía

En el orden doctrinario la oposición del partido conservador y las posiciones del gobierno y del partido liberal, estuvieron marcadas fundamentalmente por el problema religioso, lo relacionado con la educación y la reforma constitucional en la que estaban implicados estos temas además del relacionado con la propiedad y la intervención estatal, motivos sobre los cuales hubo también fuerte fricción.

Meses antes de su posesión como Presidente, Alfonso López quiso abrir el debate sobre la reforma de la Constitución que al igual que la mayoría de sus copartidarios él consideraba necesaria. Al efecto dirigió al DNC una comunicación fechada el 17 de febrero de 1934, para exponerle su posición y oír los conceptos de esa directiva. Manifestaba en la comunicación que era preciso que se adelantara una controversia sobre la reforma; que él registraba con complacencia cómo una mayoría de aquellos que sostenían la Constitución del 86, ahora que había un cambio de gobierno eran partidarios de su modificación, para no experimentar en carne propia los efectos

de la autoridad y el centralismo consagrados en la Constitución de 1886. Que con el orden jurídico que venía rigiendo "cualquiera que fuese el número de los sufragantes liberales, sus representantes debían constituir, invariablemente, la minoría de todas las corporaciones de carácter electivo. Y minoría en la proporción de uno a tres, respecto a los representantes del partido de gobierno". Que de la misma manera que quería conocer los puntos de vista del partido conservador, aspiraba a conocer "los puntos de vista de los adversarios de mi propio partido", por lo cual los invitaba a opinar. Por último, para sentar una posición clara sobre el procedimiento que debía seguir la reforma y evitar equívocos en momentos en que se hablaba de una Constituyente, manifestaba que "estimaba muy atinada la prescripción vigente, según la cual las enmiendas de nuestro Estatuto se consagran por el voto de dos legislaturas sucesivas y no de una asamblea constituyente" ⁽¹⁾.

El DNC respondió el 21 de febrero del mismo año para expresar que le parecía importante la invitación presidencial al debate y que la armonía no debía buscarse "mediante la artificiosa confusión del patrimonio ideológico", como bien lo expresaba el Presidente

El autor es profesor en la carrera de Historia de la Universidad Nacional. Sede de Medellín.

Este artículo es un capítulo del libro próximo a aparecer, titulado *El Primer Gobierno de Alfonso López Pumarejo - aspectos políticos*.

1. Abel Carbonell, *La Quincena Política*, XXIII, Marzo 1 de 1934, T. II, págs. 72 y ss.